Una salida ciertamente culta, perfecta, pero también, hasta dejarlo de sobra, profundamente popular. Sobre todo, belleza sin más ni menos. Gracia del cielo, huidiza a todo análisis en frío, asequible sólo al instinto y a la emoción de donde viene y para los que naciera. En efecto, al crítico de poesía, a su estudioso, corresponde siempre una «verdad objetiva» del criterio poético, una verdad desde luego públicamente necesaria y justamente «racional» o «razonable». Se trata, por medio de la crítica de poesía, de allegar su misteriosa virtud a términos lógicos, de fijarla y ofrecerla a todos mediante la relación de su proceso exterior y de sus resultados finales. He aquí la irreemplazable «verdad objetiva» de la crítica poética. La verdad de la poesía, sin embargo, es muy otra: es una «verdad vital». La poesía es un raro acontecimiento que empieza y termina en sí mismo, un ciclo cerrado y recogido, la explicación de cuya génesis primera y última quedará siempre más allá de la crítica objetiva, lo que algunos críticos se empeñan en olvidar. Dar de lleno en el indesvelable secreto de la poesía, en su contextura, sólo es posible a la propia poesía, y en este sentido, el interés de la crítica no dejará de poseer siempre un carácter meramente pedagógico, acercativo, circunloquial. Sólo el poeta —el verdadero poeta se entiende, el iluminado de poesía— sabe *de poesía y es capaz, sin otros rodeos, de ponérsela al mundo en la mano. La poesía, pues, será tanto más alta cuanto menos se sostenga en fundamentaciones racionales comunes, cuanto más sólida esté en sus zonas inaprehensibles.*

Releyendo a César Vallejo se nos ha revelado otra vez aquel viejo y áureo teorema que tendía a considerar la poesía no como a una entidad adjetiva, o cualidad, sino como a un sujeto sustantivo, como a un hecho, celeste en cierto modo, pero tan concreto como un águila, un tifón o una piedra.—FERNANDO QUIÑONES.

EL 12 DE OCTUBRE EN TOMELLOSO

Las fiestas, todas, tienen su medida, su categoría, su clasificación. Hay grandes, pequeñas y regulares fiestas. El Día de la Hispanidad, fiesta hispánica, tuvo, aparte de otras muchas, dos resonancias: una principal y grandiosa, la celebrada en Canarias con la presencia de grandes personalidades hispanoamericanas y españolas; y otra pequeña y sintomática, la de Tomelloso, en la que tuve el honor de acompañar, como representante del Instituto de Cultura Hispánica, al historiador y escritor argentino José María Rosa, uno de los principales

militantes de la escuela revisionista, quijote de la verdad histórica, en su bautizo de La Mancha.

El 11, a la tarde, cogimos el autobús, un autobús pueblerino, simpático, caldeado y abarrotado. Después de andar por buenas, malas y peores carreteras; después de no pocos sobresaltos, baches y ruidos, llegamos a Villarrubia de Santiago, primera y única parada donde el viajero puede bajar a estirar las piernas y a tomar algún bocado.

Rosa va a mi derecha, con el pasillo por medio. De vez en cuando, cuando los viajeros que van de pie en el pasillo hacen un claro y las caras y las voces se encuentran, entablamos un pequeño diálogo. Estoy pensando —me dice— en la conferencia de mañana.

A las doce llegamos a la plaza mayor de Tomelloso, irregular, espaciosa, por donde, aun siendo noche, hay mucha vida y un continuo trasiego de carros, inmensos carros de hasta cuatro toneladas de arrastre, cargados de uvas, las uvas que esa misma noche se convertirán en mosto y pasarán a las tinajas para el fermento.

Inmediatamente nos atienden el presidente y dos directivos más de la Asociación Cultural Iberoamericana de La Mancha, entidad ejemplar y entusiasta. La pequeña comitiva marcha hacia el hotel, entre el continuo olor a vino, por las grandes, rectas y llanas calles. De camino entramos y vemos el Casino, sede de la Asociación y el lugar donde se celebrará a la mañana siguiente la conferencia. En un gran espejo hay un gracioso cartel que anuncia en varios colores el acto.

En el hotel, como antiguo posadero, el dueño nos recibe, nos saluda y nos sirve la cena: sopas de ajo, tortilla y chuletas de cordero. Después de cenar, tertulia, paseo, racimos de uvas cogidos del mismo suelo, de cualquier carro al paso, y a descansar.

A la mañana, no al alba, aunque sí temprano, empezamos la jornada, que se presentaba completa y movida. Misa grande con incienso y música en una pequeña iglesia cercana. Presentación de todos los afiliados a la Asociación, una panda de gente joven y entusiasta. Unas cuantas fotos de recuerdos particulares y casi familiares, y todavía, con el incienso en los ojos y en la nariz, nos aireamos con el fresco de la mañana en el paseo hacia una bodega. Charla, amistad, olor, copas.

A las doce y media, ante todas las autoridades locales, y después de una presentación sencilla y emotiva por uno de los afiliados a la Asociación, José María Rosa habló de «Los Quijotes en América». Pedro de Mendoza, Juan de Garay, Juan Manuel Rosas desfilaron por delante de los reunidos gracias a la palabra del disertador.

Empezó Rosa a hablar, y su palabra, igual que su humanidad, se nos fué metiendo en nosotros y nos fué ganando. «En una noche del

siglo XVI...»; así empezó su gran conferencia, y con él nos fuimos por La Mancha de la mano del Quijote. ¡Un americano enseñándonos en La Mancha las correrías del Quijote! Y por la misma palabra anduvimos siglos atrás buscando quijotes, españoles y americanos: hispánicos. «Yo vi —decía más tarde Rosa— que la gente atendía, y me crecí.» Realmente fué necesario crecerse para poder hablar en la forma que lo hizo. Habló de los curas, barberos y bachilleres que no quieren enloquecerse y sólo pueden mirar lo que tienen bajo los pies. Explicó que aunque siempre el quijote había perdido, no había por qué lamentarse, porque así había de ser, pues en el triunfo no está el triunfo; el triunfo está en la lucha del mismo, se consiga o no se consiga. El hombre, lo único que puede hacer es luchar. Al quijote le pasa lo mismo. Pero anque sea derrotado el quijote en el hombre, es cosa de menor importancia, porque vendrá otro hombre, otro quijote, que seguirá luchando contra lo imposible, alterar la vida de los curas y de los barberos, y también será derrotado; pero otro quijote...

Acabó su conferencia diciendo que el quijote era la misma hispanidad, el alma de la hispanidad. El aplauso cerró el acto.

La gente estaba satisfecha y contenta. Y para el que lleva en la sangre las correrías de su héroe, para el que lleva en los ojos los mismos paisajes que su héroe, para el que lleva en el paladar el gusto del vino que tomaba su héroe, es difícil reconocer las cosas, y se reconocieron. Un quijote argentino habla en la tierra del Quijote de todos los que ha habido en la historia, españoles y americanos.

Tras la charla vinieron las copas del buen vino, el banquete en el hotel con todos los afiliados y creyentes, con todos los cercanos a la misma idea. Nuevamente cordero; en la tierra de corderos, cordero para el almuerzo.

Por la tarde probamos en varias bodegas, desde la uva al vino, pasando por todos los procesos de su transformación.

No quiero terminar esta pequeña reseña sin realzar el entusiasmo de los congregados en torno de la idea de la hispanidad y ejemplarizar con ello a todos los pueblos americanos y españoles para que se miren en el espejo de Tomelloso. Otra vez, como siempre: «En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...»—JORGE C. TRULOCK.